

CS 847205000001

2907

R.



DIPUTACION  
PROVINCIAL  
DE MADRID

GRA/55636

847205000001

**I JORNADAS  
DE ESTUDIOS  
SOBRE  
LA PROVINCIA DE MADRID**

CIUDAD ESCOLAR PROVINCIAL. MADRID, 17, 18 Y 19 DE DICIEMBRE DE 1979



20500

## CUARTA COMUNICACION

### EL OFICIO DE LA TONELERIA EN MADRID

Po la Dra. D.<sup>a</sup> Carmen Ortiz García

Al comenzar nuestro estudio el tema presentaba para nosotros un doble atractivo; por una parte el desconocimiento general que existe sobre el oficio de la tonelería y por otro lado, la importancia que tenía encontrar una actividad de estas características en una ciudad como Madrid, donde aparentemente se han perdido todas las facetas que constituían su antigua vida tradicional.

Hemos intentado realizar un estudio etnográfico sobre un oficio tradicional que se encuentra en gran parte desinstituido, agotado, dentro de nuestros medios, todas las posibilidades descriptivas que el mismo ofrece. Tratamos de ver no sólo los aspectos técnicos de la labor artesanal, sino la problemática en que se encuentra, las connotaciones económicas y sociales de su evolución; en una palabra, la dinámica actual del oficio, y no estudiar el producto del mismo desde un punto de vista estético o histórico, aislándolo de su contexto social actual.

Al consultar la bibliografía y las fuentes que trataban el tema, nos encontramos con un gran vacío de información referente al oficio en los siglos XVI, XVII y XVIII, en los que no aparecen mencionados toneleros en las Ordenanzas, Capitulaciones o Cédulas reales relativas a corporaciones o gremios. Los únicos datos obtenidos proceden de censos y estadísticas del siglo XIX, en los que solamente se hace referencia al número de toneleros existente en ese momento; así en el diccionario de Madoz (1848) aparecen citados diez toneleros en Madrid, pertenecientes al grupo de trabajos de la madera (1). En el Censo de la Comisión Estadística del Ayuntamiento de 1854, se citan quince tonelerías.

De la inexistencia de datos en los siglos XVI al XVIII podría deducirse que durante todo ese tiempo no hubo tonelería en Madrid. Sin embargo, es más probable pensar que sí la habría, dado que se desarrollaba una industria estable tanto vinícola como cervecera, pero que estos artesanos tendrían unas condiciones de trabajo no autónomas, sino dependientes de bodegas u otros establecimientos, o no alcanzarían un número suficiente para formar algún tipo de corporación o sociedad. Este carácter minoritario del oficio se aprecia también en documentos posteriores; en el último Censo Industrial de Madrid, realizado en 1976, aparece un total de establecimientos dedicados a tonelería de cinco, con un total de productores de diez, agrupados en talleres de uno a cinco operarios como máximo (2).

Actualmente se observa una disminución del número de tonelerías, que queda reducido a las tres que funcionan hoy y además, dentro de cada taller, la cantidad de operarios se ha reducido notablemente. Nuestro trabajo se ha centrado en los tres talleres que permanecen en activo, incluyendo también el de un tonelero que está ya jubilado.

Por otra parte, la situación de la mayoría de las tonelerías, tanto las que funcionan actualmente, como algunas ya desaparecidas que hemos podido localizar, en un área bastante ho-

(1) Madoz, P. *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*. La Ilustración, Madrid, 1848.

(2) Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid. *La economía de Madrid. Memoria comercial e industrial*. Artes Gráficas y Ediciones, S. A., Madrid, 1978.

mogénea que comprende: El barrio de La Latina, Puerta de Toledo y Ronda de Segovia, plaza de Antón Martín y Chueca, nos habla de la larga pervivencia del oficio en Madrid ya que los talleres se inscriben en una de las zonas tradicionalmente comerciales y artesanales de la Villa, en la que aún se encuentran abundantes restos de muchos oficios.

Los tres toneleros en activo que hemos visitado son madrileños, aunque sus predecesores emigraron a la capital hace aproximadamente setenta años, procedentes de la Mancha y Valladolid. Sin embargo, esta diversidad de orígenes no se manifiesta en las características de la producción que presenta una gran uniformidad. Las proporciones (relación alto-ancho), número de aros, etc., de los envases, así como las particularidades del proceso de fabricación y las materias primas empleadas, no presentan diferencias apreciables. Por lo que podría pensarse en un proceso de adaptación de los toneleros con su llegada a Madrid.

La producción antigua de los talleres estaba bastante diversificada ya que construían una gran variedad de recipientes para uso doméstico, como tinajas para lavar, medidas, cubos, jaras, botijos, etc. En todas las tonelerías se han fabricado este tipo de piezas, si bien el grueso de la producción consistía en los envases para transporte y conservación de vino, licores, cerveza y otras bebidas alcohólicas; para este fin se elaboraban una gran variedad de recipientes que recibían diferentes nombres según sus formas y capacidades. Así entre los que tienen forma clásica de tonel podemos distinguir: El *barril* que es el que más se fabrica actualmente en varios tamaños, desde un litro, que es su capacidad mínima, hasta de cuatro arrobas de capacidad que es el tamaño mayor. La *Meda Pipa* con un aforo de doscientos litros aproximadamente. La *Bordelesa* de dieciséis arrobas de capacidad. La *Cuarta* de veinte arrobas. La *Pipa* que puede llegar a contener hasta treinta arrobas de líquido en su interior. El *Bocoy*, gran cuba para almacenamiento del vino, el *Foudre*, etc. Además de esto existen toneles ovalados, elípticos e incluso poligonales, aparte de los de fondo circular que es la forma dominante y casi exclusiva.

La comercialización del producto se canalizaba casi siempre de forma directa, los mismos bodegueros o taberneros encargaban los envases, de manera que tradicionalmente el sistema de venta se llevaba a cabo sin intermediarios, fijando las condiciones los dos interesados.

Esta situación ha cambiado radicalmente en los últimos tiempos, el estado actual de la tonelería en Madrid es crítico. Esta crisis se manifiesta en dos vertientes: una claramente apreciable en la situación actual, como es la rápida desinstitución del oficio en su configuración tradicional y otra visible a corto plazo y que consiste en la posibilidad de la desaparición de las tonelerías madrileñas con el fin de la actual generación. La actividad artesanal ha quedado desfasada económicamente, no puede competir con la producción industrial que obtiene productos de inferior o igual calidad, pero con un mínimo de tiempo y gastos. Así el tipo de producción tradicional resulta antieconómico para la sociedad industrializada y consuminista en la que, paradójicamente, él mismo se inscribe.

El proceso de desinstitución del oficio y la oposición entre el modo de producción artesanal e industrial se ve mucho más acentuado en el medio urbano en que se desenvuelve la profesión en Madrid, donde las formas de vida y producción avanzan más rápidamente que en las zonas rurales, en las que las actividades tradicionales perduran mucho más tiempo, al retrasarse en ellas el desarrollo industrial y económico.

Uno de los aspectos que más claramente habla de la falta de institucionalidad e incluso del peligro de desaparición del oficio a corto plazo, es el escaso número de toneleros existente en la actualidad. Como ya vimos, al no haber sido nunca la vinícola una industria mayoritaria en Madrid, el censo de toneleros de la Villa nunca fue muy amplio. Pero incluso los tres establecimientos que se mantienen están en una situación muy inestable, de forma que

cualquier contratiempo, como la elevación de los impuestos, subida de las materias primas, etcétera, puede influir negativamente, haciendo cerrar los talleres.

Intimamente relacionado con esta situación está el problema del aprendizaje; la tradición familiar en el oficio ha quedado rota al no querer o no poder los hijos continuar la profesión de sus padres, por el poco rendimiento que de ella se obtiene. Hoy puede decirse que no hay aprendices de tonelería en Madrid. Los hijos de algunos toneleros que practicaron el oficio, lo abandonaron pronto y únicamente encontramos los aprendices de José Vázquez, pero la continuación de la labor por estos jóvenes es una cuestión dudosa ya que ellos por una parte, no han aprendido las técnicas tradicionales y por otra, tienen interés por la tonelería en cuanto que ésta les proporciona trabajo; en el momento en que el establecimiento de Vázquez desaparezca quizás habrán de buscar otra ocupación.

Además de en la «cantidad» de practicantes, la desinstitución se muestra claramente en los aspectos más internos del oficio. En primer lugar en las piezas producidas; la aparición de nuevos materiales más baratos, duraderos y asequibles, provocó la pérdida de funcionalidad de numerosos recipientes fabricados por los toneleros, haciendo que quedaran en desuso y acabaran desapareciendo. Este hecho, junto a la transformación de numerosas bodegas dedicadas a la producción artesanal de vino, que fueron sustituidas por fábricas, donde el vino se conserva en grandes conos de cemento, tuvo como consecuencia un cambio de producción: Dejaron de fabricarse barriles de embalaje, recipientes para consumo de agua, tinas y sobre todo las grandes cubas de la producción antigua. En cambio, empezaron a construirse jarras para vino, maceteros y barriles pequeños para uso de particulares.

El cambio de producción influyó a su vez decisivamente en las técnicas de fabricación ya que, al verse reducida la variedad de piezas, muchas de las técnicas y labores tradicionales cayeron en el olvido. Otro indicativo del mismo proceso es la desaparición de numerosos términos, denominativos de instrumentos o de ciertas operaciones, específicos del oficio.

En cada uno de los tres talleres de tonelería que funcionan en la actualidad en Madrid podemos observar una evolución del oficio diferente para adaptarse a las circunstancias adversas en que se desenvuelve.

En el establecimiento de José Vázquez la mayoría del proceso de fabricación se ha mecanizado, con lo cual el oficio ha perdido la mayor parte de su carácter tradicional, puesto que con la mecanización han venido otras innovaciones fundamentales, como la ruptura del sistema de producción familiar que ha sido sustituido por un tipo de pequeña fábrica. El sistema de comercialización del producto también ha cambiado, haciéndose ahora dependiente de la demanda de grandes empresas comerciales nacionales e internacionales. El mismo dueño del taller reconoce que con este cambio lo que el oficio ha ganado en productividad lo ha perdido de artesanal. Hay una gran diferencia entre su taller de hace veinte o treinta años, cuando se hacían dos cubas de treinta arrobas diarias y el actual, donde el barril más grande que se hace es de ocho litros de capacidad.

Este es un modo de adaptación del oficio a las necesidades consumistas de la sociedad urbana en que vive, pero, en este estado de cosas, la desinstitución de la profesión ha hecho, no que desapareciera, sino que se transformara de tal manera que el resultado es una actividad que muy poco tiene que ver ya con el viejo oficio de la tonelería.

José Muñoz sin salirse tanto de la línea tradicional, sigue haciendo frente a los mismos problemas. Por suerte todavía no se ha descubierto nada que haga mejor el vino que la madera de roble, con lo cual el tonel no ha perdido su funcionalidad e incluso parece que actualmente su compra se está viendo revitalizada entre ciertos sectores del público. Dada la mala calidad de los vinos que hoy se comercializan, mucha gente compra su vino a pequeños fabricantes o bodegueros y lo conserva en barriles pequeños en su casa para mejorarlo. Sin

embargo, el volumen de estas ventas no es suficiente y el tonelero debe recurrir a la fabricación de piezas decorativas, de una venta más fácil y que ofrecen un mayor rendimiento económico.

A pesar de todo, en este taller, excepto algunas innovaciones como la sierra eléctrica, las técnicas aprendidas se conservan con bastante vigor. Seguramente J. Muñoz sea hoy el tonelero más famoso de Madrid. El tener su taller en la Cava Baja, visitada por gran cantidad de turistas le favorece a la hora de la venta. Por este y otros factores es el que mejor se enfrenta a la crisis, manteniendo a la vez la mayoría de las peculiaridades antiguas del oficio.

El caso de Luis del Pozo es distinto y desde luego muestra claramente el grado de crisis de la profesión. Al ser insuficiente la demanda de envases que recibe, para mantenerse Luis ha tenido que recurrir al trabajo de reparación, *sañado* de toneles viejos para no tener que abandonar su oficio.

En vez de dedicarse a la confección de piezas decorativas, sigue trabajando con toneles grandes y aún construye alguno de quince o veinte arrobas, sobre todo reaprovechando maderas ya usadas, pero siempre lo hace por encargo, no para tener un stock almacenado que tendría una difícil salida al mercado.

Tanto por la localización de los talleres, la distribución de su espacio interior, la denominación de las herramientas y por las características de la producción, además de la larga tradición de tonelería que tiene Madrid y la homogénea situación social y económica de los toneleros actuales, puede considerarse la tonelería de Madrid como un núcleo donde todas las particularidades del oficio están presentes, a pesar de su escasa pujanza actual y con características técnicas, sociales y económicas que le diferencian de otros centros con producción tonelera.

## QUINTA COMUNICACION

### PARENTESCOS DE LA GAITA DE LA SIERRA DE MADRID

Por el Dr. D. Jacinto Torres Mulas

Durante mucho tiempo, demasiado tiempo, decir Madrid era decir la Villa de Madrid; ombligo del Imperio, castizamente orgullosa de su capitalización, la urbe metropolitana ha detentado para sí la denominación antonomástica de toda la provincia y cuanto a ella pudiera corresponder. Tras esto queda la realidad inocultable del literal avasallamiento de las otras poblaciones de su entorno y hoy, acaso más flagrantemente que en el pasado, Madrid se asemeja cada vez más a la imagen, no por tópica menos verdadera, de un monstruo tentaculado que, no satisfecho con someter y devorar a sus vecinos próximos, amenaza con imponerse a los que no lo son tanto. Ante lo consumado e irreversible del hecho, se escuchan con harta frecuencia lamentaciones más o menos sinceras que claman contra la contaminación del aire, la proliferación gangrenosa de colmenas-dormitorio y otras perversiones no menos alarmantes.

Pero junto a las consecuencias más evidentes del gigantismo, no faltan otras de igual o mayor gravedad, si bien, privadas de dimensión publicitaria por su falta de espectacularidad, quedan muy en segundo plano en las conciencias. Quizás uno de los más desastrosos de esos